

la idea que se escapa de sus piedras, ya podeis dirigiros al monasterio de Asis y penetrar en sus góticas bóvedas y recibir en vuestra alma el presente de grandes y profundas emociones con la evocacion misteriosa de una sincera fe. Y penetrados de estas ideas, nos dirigimos al monasterio y al sepulcro de San Francisco.

III.

Allá, en las alturas, sobre dos series de mármóreos arcos sobrepuestos, se alza el monumento, cenobio, palacio, iglesia, castillo, resúmen de la vida en edades verdaderamente religiosas. Entre sus muros y sus ojivas descúbrense, todavía más arriba, la ceñuda fortaleza con sus almenas medio destruidas; á un lado las colinas formando como abreviada cordillera; á otro lado la ciudad con sus edificios agrupados en torno de várias originales iglesias; al pié un torrente, ahora seco, el cual debe arrastrar gruesos cantos rodados y debe venir en la estacion de las lluvias con ruidoso ímpetu. La severidad del paisaje, solemne, sobrio, majestuoso, verdadero cuadro de la escuela de Umbria, os prepara bien á la solemnidad de las reli-

giosas emociones. Una puerta tosca, una cuesta agria, várias casas suspendidas entre las breñas, algunos olivos retorcidos cual si los azotára siempre el viento y con las raíces fuera de la pedregosa tierra, semejando á uno de esos dibujos con que Doré ha ilustrado la *Divina Comedia*, son los únicos objetos que veis al llegar á la entrada del monasterio, y, en verdad, os invitan todos al recogimiento y á la penitencia. Un claustro se abre á vuestra vista, un claustro prolongadísimo, de arcos airosos, de delgadas columnas. Ni un viviente, ni una sombra; algunas golondrinas juguetean por aquellas largas líneas; menuda lluvia primaveral da sedoso lustre á la hiedra pegada por las piedras, y airecillo suave agita las largas guirnaldas de zarzas que festonean los muros. El edificio es de un exterior austero, la puerta de un trabajo prolijo, las ventanas de un gusto puramente gótico, todos los objetos que os rodean, de un aspecto monástico; y, peregrino del arte como sois, vais comprendiendo hasta identificaros casi con ellos por la fuerza del pensamiento á los peregrinos religiosos, venidos de luengas tierras y anhelantes por aplicar los labios á la losa de un sepulcro donde se guardan torrentes de vida para las almas.

Hay tres iglesias sobrepuestas como los términos de una argumentacion escolástica; como las

gradas de una escala mística, como las iniciaciones de las sectas, como los tres mundos, el de las sombras y de la muerte, el de la vida y de la prueba, el de la luz y de la gloria, siendo, en realidad, toda aquella aglomeración de místicos edificios, una teología en piedra. Lo primero que hacemos es descender á la iglesia subterránea, especie de caverna que guarda la tumba del santo. Las sombras se palpan, y la escasa luz que os guía sólo sirve para aumentarlas. Creéis descender al centro de la tierra y despediros para siempre del aire y de la luz. Fria humedad os penetra hasta los huesos, y el humo de las lámparas y el olor del incienso os dan la idea de que entráis en esferas sobrenaturales como en alas de algun genio, porque todo cuanto os circunda se aleja de la realidad y se acerca á la region de los sueños. Por fin, á la dudosa luz mal reflejada en los mármoles, bajo lujoso templete, tras una verja dorada, veís el sepulcro de San Francisco. Excesiva devoción lo ha ceñido con adornos modernos y lo ha coronado con lujoso templete, ántes propio de jardín que de cenobio. Cuadrábale mucho más la caverna tosca, la soledad mística, la losa desnuda sobre la cual cayeran gotas filtradas por las peñas y lágrimas desprendidas de la fe. Es más poética que esta decoración de nuestro tiempo, la creencia de la Edad Media. Para aque-

llos fieles, San Francisco no ha muerto; está de rodillas, en penitencia, en oración, plegadas las manos, extáticos los ojos, allá en lugares inaccesibles hasta para las águilas, donde sólo pueden llegar las estrellas, intercediendo por nosotros los mortales, desarmando la cólera de Dios; y no subirá al Empíreo y no entrará en la gloria sino despues del Juicio, cuando, destruida la tierra, evaporados los mares, en cenizas los astros, en pavesas los soles, consumada la obra providencial, haya podido, ofreciendo el holocausto de sus dolores por nustras culpas y llamando la inefable misericordia sobre nuestros huesos, rescatar el mayor número de almas para el cielo y gozar así en paz eternamente de su propia bienaventuranza.

De todas suertes, profanado ó no, afeado ó no, es uno de los monumentos más gloriosos que hay en el planeta; es una de las piedras que señalan el camino de las edades históricas; es uno de los núcleos donde se ha condensado la materia cósmica de las ideas y se ha ido formando este cometa de origen divino y de órbita incalculable que se llama el humano espíritu. Oscuro jóven, de vida ligera, de costumbres sensuales, de oficio vulgar; modesto comisionado de una casa de comercio; sin ninguna instrucción y sin otras aspiraciones que los divertimientos y los goces pro-

pios de su clase y de su edad, siente cierto día que extraña idea, como una chispa eléctrica, como un efluvio magnético, se derrama por sus fibras, por sus nervios, por sus venas; y agitado, febril, convulso, arroja los arreos de placer, de fiesta, de viaje; se ciñe cuerda de esparto á sus riñones y toseco sayal á sus carnes; abraza la penitencia para sí, la predicacion para los demas; y á sus sollozos, á sus palabras, á sus cánticos, la tierra se conmueve como si la agitáran misteriosas palpitaciones; los pajarillos del cielo suspenden su vuelo y se extasian; los lobos del desierto pierden su crueldad y le lamen los piés; dejan los niños la teta de sus madres para oírle; abandonan los jóvenes el lecho de sus placeres para en las maceraciones imitarlo; cuelgan las doncellas los velos virginales y los largos envidiados cabellos para desposarse con el ideal religioso; los guerreros arrancan las cóleras á sus hígados y los ódios á sus corazones; el señor se cree igual con su siervo; los ricos reparten sus tesoros á los pobres; levantan los arquitectos místicas naves que llevan las oraciones de la tierra al cielo; esculpen los escultores santos que nadan entre los resplandecientes iris formados por los brillantes vidrios y las notas lanzadas por el órgano; empapan los pintores sus pinceles en la fe y nos suben al Empíreo y bajan hasta el alcance de nues-

tros ojos de carne los ángeles y los serafines que agitan sus áureas alas en la luz increada; cantan los poetas en lengua no aprendida, como las aves, todas las efusiones del amor encendido en las creadoras divinas llamas; predicán los teólogos una ciencia más amplia y más cercana á los arquetipos de la eterna verdad y de la hermosura eterna; se trasforma y como que se derrite el mundo feudal de toseco hierro donde estaban atadas todas las cadenas; y sobre los dolores humanos se entreve que, así como la Biblia ha sido completada por el Evangelio, el Evangelio se va completando por otra revelacion; por la revelacion del Espíritu Santo, en cuyo seno renace más puro el Universo y se purificarán como en resplandores etéreos nuestras oscuras almas.

¡Oh! La historia entera es una escala de sepulcros. El sepulcro de los Faraones en las pirámides del desierto separa el mundo oriental del mundo occidental; el sepulcro de Alejandro en Egipto separa el viejo mundo griego y asiático del mundo romano naciente; el sepulcro de Cristo en Jerusalem separa la historia antigua de la historia moderna; el sepulcro de Mahoma en la Meca separa la edad pagana en su raza de la edad monoteísta; el sepulcro de Carlomagno en Aquisgram separa los tiempos teocráticos en la Edad Media de los tiempos feudales y militares; el se-

pulcro de San Francisco en Asis señala verdaderamente la decadencia del espíritu feudal y los primeros albores del espíritu moderno. Este siglo décimotercio es un siglo de resumen de toda una civilización, como lo fué el siglo primero de nuestra era respecto á la antigüedad. Resume la ciencia católica en Santo Tomás; resume la política católica en San Luis; resume la poesía católica en el Dante; resume el poder católico en Inocencio III; resume la pintura católica en el Giotto; resume la legislación católica en Alonso X; resume la escultura católica en Nicolas de Pisa; resume la vida católica en San Francisco de Asis. El genio católico ha escrito su testamento y por los bordes del horizonte raya un nuevo genio. El sepulcro que adoramos es como un planeta donde han surgido con la vegetación frondosa de nuevas ideas los organismos varios de una nueva sociedad. ¡Gloria á San Francisco!

Y subimos á la segunda iglesia. La necesidad de ver la luz y de respirar el aire que sentíamos después del viaje subterráneo, nos movió á salir al atrio y á detenernos un momento al pié de la columnata. Allí contemplamos la vega lejana, las montañas azules, el cielo trasparente, de ese color clarísimo que toma en el Mediodía tras una fuerte lluvia, y nos enteramos de cierto sepulcro esculpido allí, obra de Nino y propiedad de un tirano

de Pisa, demente furioso como todos los déspotas, dado al lujo oriental, que no recibía á nadie si no se le presentaba de rodillas, que jamás aparecía en público sino vestido de lucientes ropajes todos sembrados de pedrería y ceñido de sacros relicarios primorosamente cincelados; y que forzaba á los artistas á regalar con obras maestras y dones cuantiosos á su impúdica esposa y á construir para él sin retribución alguna tumbas primorosísimas, puestas bajo la protección de San Francisco para que le libertara de sus propios remordimientos y le conciliase la divina misericordia. La intercesión del Santo le habrá podido valer en el cielo, pero no le ha valido en la historia.

Al cabo entramos en la segunda iglesia, cúspide de la iglesia subterránea y base de la iglesia superior, pues no debe olvidarse que los tres monumentos ocupan el mismo espacio, sobrepuestos unos en otros. Sus arcos ojivales, que se encorvan para soportar el peso del edificio de arriba; sus ventanas góticas, que ciernen resplandores crepusculares y dudosos; su pavimento tapizado de lápidas fúnebres, que os hablan mudamente del dogma de la inmortalidad y de la muerte; sus paredes, en las cuales se destacan blanquecinas estatuas entre las negras sombras; sus cuadros, en que brillan profusamente ángeles y santos y vírgenes y már-

tires con sus palmas verdes en las manos y sus aureolas de oro en las sienes; el color azul oscuro de las bóvedas, todas sembradas de estrellas como si vinieran al santuario para beber la luz con que han de iluminar los espacios; las figuras de los frescos, desprendidas casi de lo alto para flotar en la atmósfera de incienso; las columnas, levantándose y abriéndose cual troncos y copas de misteriosos árboles, cual ramas de ideal vegetación; las cabezas aladas entre los festones de mirto y de acanto; los vidrios de colores, que recogen el esplendor del día y lo descomponen y lo reverberan en los mármoles, tiñendo desde las losas más profundas hasta las más elevadas aristas con los matices del iris; todas estas formas del arte, todos estos símbolos de la idea, todas estas aspiraciones á lo infinito os dan tal emoción, que vuestras rodillas flaquean, vuestros ojos se sumergen involuntariamente en el éxtasis, y vuestra alma, desprendida de su cárcel de barro, busca, subiendo por la escala mística de la religión, el origen misterioso de tantas inspiraciones sublimes, la esencia incomunicable del Eterno.

El monasterio de Asis no es grande sólo bajo el aspecto religioso; es grande también bajo el aspecto artístico. En Italia, estos maravillosos edificios señalan épocas de transformaciones del espíritu universal. Las Catacumbas guardan los

comienzos del nuevo genio, la semilla; San Márco de Venecia, los maestros mosaístas venidos del Oriente y depositarios de la tradición de Bizancio, la raíz; San Francisco, la peregrinación de los artistas que han roto el yugo bizantino y han fundado el arte moderno desde la segunda mitad del siglo décimotercio hasta la primera mitad del siglo décimocuarto: Pisa, en su cementerio, el crepúsculo vespertino del siglo décimocuarto y el crepúsculo matutino del siglo décimoquinto; Florencia, el siglo décimoquinto en todo su esplendor, el despertar de la naturaleza en toda su veracidad, las estatuas de Donatello, las puertas de Ghiberti, los frescos de Masaccio, la cúpula de Brunelleschi; Siena, Orvieto y Perusa, los albores del siglo décimosexto; la primera, sobre las paredes de la Sacristía animados por el pincel de Pinturichio; la segunda, sobre la capilla de la Catedral donde ha pintado Signorelli su Antecristo y su último Juicio; la tercera, en la sala del Concilio, donde ha dejado Perugino sus vistosos héroes semejantes á los héroes del poema de Ariosto, con su nacimiento, parecido al nacimiento de una nueva edad; y el Vaticano, en la Capilla Sixtina con los Profetas y las Sibilas de Miguel Ángel, y en las estancias, con las Musas y los filósofos y los doctores de Rafael, la plenitud del arte que es también la plenitud de la vida.

No os cansaríais jamás de contemplar las maravillas de Asis en su segunda iglesia. Giunta de Pisa, el último de los maestros bizantinos, ha dejado al entrar en la Sacristía toscó retrato de San Francisco, despedida de un tiempo y de un genio que se alejan. Giotto, ha pintado la bóveda del altar mayor quizás despues de un diálogo con Dante: que el altísimo poeta empezó por aspirar á fraile francisco y concluyó por inscribirse en la órden Tercera, donde eran tambien admitidos los laicos. Desde el retrato de San Francisco, pintado por Giunta, á las Virtudes de San Francisco pintadas por Giotto, media una de las más señaladas evoluciones del genio, una de las más decisivas fases del espíritu. Giotto, pobre pastor, pasa del aprisco al taller, conducido por Cimabue, y la mano cansada del maestro y la mano inexperta del discípulo, al juntarse, juntan dos eslabones de la cadena del tiempo, dos puntos de la misteriosa línea de la idea. Nadie ha sabido pintar la leyenda franciscana como Giotto, porque nadie tenía más títulos para pintarla ni más motivos para comprenderla; el cenobita rompe el cristianismo tradicional y funda un cristianismo más democrático y más humano; el artista rompe el arte bizantino, el arte hirático, y funda un arte más cercano á la naturaleza y más inspirado en la humanidad; son dos térmi-

nos de la misma idea, dos fases de la misma edad, dos matices de la misma alma. Así, convertid los ojos á la bóveda del altar mayor, recoged la luz cernida por los vidrios de colores, y ved como evocaciones del Renacimiento, como albores de la nueva idea, como almas que han roto la coyunda teocrática y han venido á otros tiempos, aunque todavía traspasadas por el clavo de la servidumbre, esas tres figuras capitales en los compartimentos, las tres mujeres que representan las tres virtudes primeras de la órden: la Pobreza con sus harapos al cuerpo, con su sogá al cinto, con sus cabellos esparcidos, seguida de una flaca perra que le ladra; la Obediencia, con una mano en los labios y otra en las reglas monásticas, pronta á imponer el yugo á extático monje de hinojos á sus plantas; la Castidad, orando en lo alto de una torre, defendida por dos ángeles y desoyendo las seducciones que le envían en coronas y palmas.

Adonde quiera que volveis los ojos, encontráis nuevos motivos de admiracion y de asombro. Los artistas corren á porfía al convento sacro, cual si hubieran adivinado que allí estaban los dos manantiales eternos de toda inspiracion: Dios y libertad. Asis aparecerá siempre como cenáculo de los discípulos del Giotto y como santuario de esta escuela. Tadeo-Gadi, á quien Giotto tuvo en